

EL SUEÑO DE LA RAZÓN

“La vida es una parodia, una monstruosa paráfrasis detrás de la cual se oculta la verdad de nuestro sueño”. Franz Marc.

Me gusta pensar en Julio Zachrisson como el protagonista y narrador de “El otro lado”, una novela que en 1908 había escrito Alfred Kubin, pintor miembro de una Asociación de Artistas Nuevos, una de tantas que proliferaron en Munich en aquellos años y que prefiguraron numerosos rasgos de los expresionistas alemanes colectivizados en el *El Jinete azul* en la primavera de 2012.

El personaje de Kubin viaja al llamado *Reino de los sueños*, un “refugio para los descontentos de la vida moderna”. Una vez allí, siente agitarse en su fuero interno “fuerzas oscuras e inconmensurables”, nota que sus sentidos adquieren una agudeza excepcional, establece una relación nueva, inédita, con los objetos, descubre que su yo se desdobra en una serie de infinitas personalidades...

Sean bienvenidos a este nuevo *Reino de los sueños*, sean testigos vivenciales de cuantos seres, criaturas, atmósferas, fenómenos, tránsitos, símbolos y demás relatos anclados en la más vívida lucidez habitan la cosmogonía emocional y conceptual de este artista panameño.

La carrera artística de Julio Zachrisson comienza a tomar impulso en 1953, año en que llega a México y se matricula en la escuela fundada por Diego Rivera “La Esmeralda”.

En aquellos comienzos ya podemos apreciar su naturaleza conciliadora, al posicionarse como mediador entre las corrientes de nuevas generaciones que iniciaban la ruptura con el muralismo y los representantes de este último, democratizando las virtudes de ambas escuelas.

Ese mismo espíritu integrador, además de una gran curiosidad, le impulsan años más tarde a viajar a Europa. Tras visitar Italia, Holanda, Alemania y Francia, llega a Madrid en 1961 y aquí se establece hasta el día de hoy. Aquí nace, en palabras de Julio, verdaderamente su obra. Con las doce campanadas que daban la entrada al nuevo año, momento en que Julio llega a la estación de Atocha de Madrid, nace lo que podría ser uno de los cuentos peregrinos de García Márquez, esos que sueñan las aventuras europeas de los nacidos en América Latina.

Qué tenía nuestra ciudad para fijar aquí su residencia recién iniciada la década de los sesenta... Muchas bondades, algunas derivadas del incipiente desarrollismo económico. Pero, sobre todo, un taller de grabado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con grandes ventanales y dos o tres tórculos.

Conocí personalmente a Julio Zachrisson hace dos años, en el estudio de Denis Long, en compañía de este último y de Marcos Guiralt.

Albergo un recuerdo nítido de aquella tarde en el barrio de Chamberí. Yo acudía a la cita con una serie de preguntas preparadas para disparar. A medida que iba

dejándome sentir la autenticidad de Julio, su energía, la proximidad y afecto con que me trataba, iba soltando los nervios iniciales, abriendo los sentidos y abandonando todo guión. Lo que iba a ser una entrevista se convirtió en una conversación sincera, que algún día me gustaría publicar.

Para sumergirnos en el universo de este creador, que es tan inabarcable en cuanto a su producción, como desbordante en términos de fantasía, voy a centrarme en su obra gráfica.

Cuando vi por primera vez los cincuenta y dos grabados que ya forman parte de nuestra colección, supe que estábamos ante un elucidario de profundo sincretismo, tanto en técnica como en temática, en el que vibra un enorme afán de universalidad. En las oscilaciones de tal humanismo el tiempo y el espacio quedan expandidos hacia la infinitud.

La mayoría de las escenas de los grabados donados tienen un fuerte componente de narratividad. Suele haber un protagonista claro y un conjunto de máscaras, tan esperpénticas como transfiguradas, que constituyen una masa humana asistente a lo que quiera que está sucediendo.

Hay una serie de temas que aparentemente son independientes por la fuerza de lo que sostienen pero en realidad se están fusionando constantemente:

Una tauromaquia de plazas en las que alguna vez el toro consigue volar amarrado a unos globos que le salvan de una muerte segura. La huella del maestro Goya es muy profunda. Hay que recordar que Julio Zachrisson recibe el Premio Grabado de Aragón en 1996.

El universo del circo, que muestra unos personajes dignificados en su oficio de equilibristas o de payasos. La ternura convive con lo grotesco; y es aquí donde descubrimos la influencia de Watteau, Ensor o Rouault.

El mito de la caída de Ícaro se nos presenta con un joven que vuela en extraños artefactos. El sol que le abrasa podrían ser las grandes potencias que en su ambición industrial, tecnológica y científica, hacen caer a los países más pobres.

El colonialismo norteamericano en Vietnam y en el Panamá en 1989 son tratados con la fuerza de *Los fusilamientos*, los *Desastres de la guerra* o el *Guernica*.

Panamá: su comida (bodegones como metáfora de vida y de muerte); la naturaleza como tierra, madre y tumba; el indigenismo; el paisaje tropical; el arte precolombino; lo salvaje entendido como arcádico y auténtico, característica tan propia de los simbolistas y del expresionismo alemán.

Y más Panamá: esta vez en su aspecto lúdico del hedonismo y el entusiasmo caribeños; y la droga, la alucinación, el baile, el sexo.

Mito, magia, brujería y sus misterios.

La figura humana que sale del surrealismo imperante para esquematizarse en una inclinación cubista.

Por último, la contemporaneidad del Museo del Prado en las referencias a Mantegna y a Guercino. Hay que recordar que Julio Zachrisson acudía diariamente al Prado:

“Las meninas es uno de los cuadros más espectaculares que se han hecho en la Historia; es increíble.

He ido siempre mucho al Prado. Las cosas que yo he descubierto en este cuadro de Velázquez son impresionantes.

Por ejemplo, en el primer plano vamos a un enano horrible y a un perro. Y detrás aparecen los personajes supuestamente retratados. La menina, la infanta, es como una criatura etérea, que tan pronto está como no está.

Y las vueltas que da Velázquez: ¿cómo, si está pintando, se va a pintar dentro del cuadro? Si está pintando a la menina él no tiene por qué aparecer. Para que se le vea introduce un pequeño espejo borroso donde se reflejan las dos imágenes de los reyes. Esto también resulta desconcertante y curiosos: ¿en qué quedamos: pinta a las meninas o a los reyes?”

Julio Zachrisson.

M^aÁngeles Salvador Duránte.

Directora Museo de Arte Contemporáneo.